

Cogió á Armando por los hombros, le abrazó apasionadamente, y lanzándole una mirada en que puso su alma entera, dijo:

—¡Ah, qué bueno eres, y cuán de veras te lo agradezco!... Has visto que sufría y has querido consolarme... Ahora están compensadas mis penas con creces... Haz de mi corazón todo lo que quieras... ¡Es, tan de verdad, tuyo!

—Quiero que tu corazón sea dichoso—contestó Armando—y haré todo lo que haya que hacer para conseguirlo.

Besó tiernamente á su mujer, y en aquel instante era sincero.

Mina hizo un gesto de alegría, puso el índice sobre sus labios como imponiendo silencio, y bajo esta impresión deliciosa se volvió á sus habitaciones.

## VI

Al día siguiente Armando se dirigió á Neuilly dejando á Mina en conversación con Villenoisy, que había almorzado con ellos.

Después de los servicios prestados casi ocultamente á la condesa, el diplomático marqués no había vuelto á oír hablar de ella. Curioso de conocer la continuación de aquella novela, que para él se había interrumpido en el capítulo más

interesante, según la conocida fórmula de los folletinistas hábiles, venía á buscar la continuación, que se le hacía esperar demasiado. A primera vista, nada denotaba la perturbación grave que las maniobras de la señora de Fontenay presagiaban para la paz del hogar. Un extraño no habría sospechado que habían sobrevenido complicaciones serias entre marido y mujer. Sin embargo, para el marqués, pormenores ínfimamente pequeños, motivos casi imperceptibles, anunciaban un poco de tirantez.

El señor de Villenoisy, en su larga carrera diplomática, había observado que nunca se saben las cosas sino cuando se aparenta no querer saberlas. Esperó, pues, con toda paciencia á que uno de los interesados experimentase la necesidad de confiarle algo. Las mismas probabilidades había para que fuese el conde que para que fuese la condesa; uno y otro le estimaban y tenían en él completa confianza. Profesando el principio de que quien no oye más que una campana no oye más que un són, habríase alegrado el marqués de oír á Armando; pero éste, terminado el almuerzo y una vez instalados en el salón, pretextó algunos quehaceres, se despidió cortésmente y salió.

Cuando desapareció el conde la condesa varió de actitud, y acercándose á su antiguo amigo le dijo:

—Me he conducido mal con usted. Usted se

molestó por servirme y aun no he sido para darle las gracias.

Villenoisy movió su nevada cabeza, y con voz cascada y alegre contestó:

—Deje usted, hija mía, deje usted; usted nada me debe. Proporcionar á un buen hombre, viejo ya, como yo, ocasión de ser útil ó agradable á una mujer hechicera como usted, es hacerle un gran favor... Pero al menos ¿tuvo suerte?, ¿quedó usted satisfecha?

—Sí; si es satisfacerse el obtener la confirmación de una sospecha que habría celebrado uno que resultase falsa.

—Lo que usted temía ¿era verdad?

—Era verdad, y el hombre que usted me envió tardó muy poco en traerme la certidumbre.

—Me parece, amiga mía, que acepta usted bastante bien la situación y la felicito.

—No merezco esa felicitación—respondió Mina;—no me crea usted tan fuerte que pudiese dominar mi furor ó moderar mi desesperación si hubiese motivo para estar furiosa ó desesperada. Hasta el presente está todo explicado... las apariencias eran culpables, en el fondo era todo inocente; pero queda el porvenir, y éste es el que veo preñado de amenazas.

—¡Oh, oh! Es decir—dijo resumiendo el marqués—que en este momento el cielo está sereno, pero que en lontananza se amontonan negros nubarrones... Corriente, amiga mía, esto ya es

algo. Siempre es muy bueno tener tiempo para adoptar uno sus medidas.

—Precisamente para eso necesitaba yo pedir á usted consejo.

—Ante todo, póngame usted al corriente de la situación.

Entonces la condesa, con una emoción que se hacía más viva á medida que iba desarrollando las peripecias de aquellos tres días, tan llenos para su corazón de sobresaltos y de angustias, contó á su amigo todo lo sucedido.

Villenoisy escuchó atentamente á la condesa, y una vez enterado de todo y después de un instante de profunda meditación, manifestó que había conocido mucho, y hasta con intimidad, al padre de Lydia. Era Audrimont en el Haya un joven muy rico y muy atolondrado, descendiente de una antiquísima familia de armadores de Amsterdam. Dió el marqués á su amiga pormenores acerca del carácter atrevido y emprendedor de aquel Audrimont que, casado con Laurencia, sentó la cabeza y rehizo y aun multiplicó su muy quebrantada fortuna, y como conclusión de todos aquellos datos y de todas aquellas observaciones, dijo el experimentado diplomático:

—Según lo que usted me ha dicho, parece que esa joven ha heredado de su padre una imaginación algo fantástica y de su madre un carácter firme. Sirviéndose de la una y del otro podría obtenerse algo de ella. Lydia es rica, joven, be-

lla... pues veo un medio sencillísimo de salir de apuros. Armando no es de esos hombres que, próximos á los cuarenta años, tornan á las locuras amorosas de los años primeros de la juventud y corren en pos de una mujer cualquiera. Ha tropezado en su camino con la señorita de Audrimont, que le ha gustado, y ella sola es la que debe de gustarle: suprima usted á la señorita de Audrimont y, quitada la causa, desaparecerá el efecto. Me mira usted con estupor y me quiere preguntar si estoy aconsejándole un asesinato; no, no: yo no soy tan sanguinario como todo eso, ni quiero tan mal á esa joven, á quien no conozco. No la mate usted, amiga mía; cásela usted, esto será bastante.

La condesa no pudo contener su alegría.

—Sí—dijo—sí, tiene usted razón, así todo se arregla perfectamente. Lydia es joven, hermosa, rica... no hay razón para que no se case. Yo me encargo de buscarla pretendiente que le agrade. La única objeción que puede ella presentar es su luto; pero eso es cuestión de tres meses, y si ha menester un retiro se le ofreceré en Cannes ó en Pau, á su elección. Lydia no tiene persona alguna á su lado, ¿no es sencillo y natural que se venga conmigo? En la más completa intimidad la haré conocer parientes; nada hay en esto que pueda espantarla, y algunos amigos serios y respetables, de los que usted será uno. De este modo la tengo distraída y me proporcionará

oportunidad de estudiarla. ¿No es esta una solución admirable? El drama horrible que yo temía convirtiéndose dulcemente en comedia agradable... y á usted deberé, amigo mío, este resultado. ¡Oh, querido y excelente amigo, cuántas gracias doy á usted y qué contenta estoy ahora!... Diciendo esto, cogió y estrechó cariñosamente, entre las suyas, la mano del marqués... Transcurrido un rato, su rostro adquirió cierta melancólica gravedad, y como si siguiese el curso de sus meditaciones, dijo al diplomático:

—Comprendo muy bien la importancia de la lucha emprendida por mí y cuáles pueden ser las consecuencias. Usted me lo dijo la primera vez que le consulté; acaso habría sido lo más prudente cerrar los ojos, pero esto me ha sido imposible. He despejado la situación. En este momento no existe ni la más ligera sombra de duda para ninguna de las personas que aquí intervienen. No es posible ya retroceder. Aunque fuese posible yo no retrocedería. Usted ve hasta qué extremo estoy resuelta. Lo dije contestando á las prudentísimas observaciones de usted: conmigo nada de particiones; ó todo ó nada. Ya no estoy en la edad en que una mujer vuelve á comenzar su vida y del amor perdido se consuela con un nuevo amor. Armando no debe, no puede ser para mí más que el último amor, y este amor último lo defenderé como mi propia vida...

Villenoisy se levantó para despedirse, besó ga-

lantemente la mano á la condesa, y le dijo:

—Cuando veo á usted, cuando la oigo, ¿cómo no he de tener esperanzas? Usted triunfará. Y no olvide usted, Mina, que ha de hallarme siempre dispuesto á servirla en todo caso.

Mina dió las gracias al diplomático con un gracioso movimiento de cabeza, y, una vez sola, volvió á sus habitaciones; miró al reloj: eran las dos; la condesa sintió que el corazón se le oprimía. Aunque Armando no se lo había dicho, la condesa sabía que su marido estaba en casa de Lydia. Y claro es que aunque Armando se lo hubiese dicho, habríase librado muy bien Mina de oponerse. Después de la entrevista del día anterior, era absolutamente indispensable que el conde volviese á ver á Lydia. Había entre ellos asuntos muy graves que dilucidar, y el más grave de todos, el de hacer que la joven renunciara á sus ideas de retrainimiento, había sido impuesto por la misma condesa.

Y era verdad lo que la condesa suponía: Armando se hallaba en aquellos momentos con Lydia, que, al verle, se había dirigido á él con el rostro tranquilo, los ojos serenos y la mano tendida; habíale señalado un asiento, había tomado ella otro, y sin preámbulo alguno habíale preguntado:

—¿Cómo está hoy la señora de Fontenay?

A esta pregunta Armando perdió un poco de su aplomo. Esperaba el conde recriminaciones,

explosión de un disgusto justificado, y... nada, ni una ironía, ni una queja amistosa; el olvido desdeñoso, la helada indiferencia. Aquella falta, que él mismo se había echado en cara, era para Lydia una cosa nula, como si no la hubiese cometido. Sintió Armando con esto viva agitación; así es que su tono resultó agresivo cuando dijo:

—Veo con gusto que su inesperada visita no ha causado á usted molestia.

—¿Y por qué había de molestarme?—preguntó Lydia tranquilamente.—Me sorprendió al principio y me encantó al fin, porque su mujer de usted es una persona muy simpática. Pero todavía no ha respondido usted á la pregunta que le he hecho: ¿cómo está hoy? Ayer estaba algo conmovida, y se concibe: tenía mejores razones que yo para admirarse de la discreción de usted. Creo, sin embargo, que al marcharse iba más tranquila.

Armando no pudo escuchar más. Aquella calma le ponía fuera de sí. Habría él preferido las frases más violentas á tan imperturbable dulzura. Levantóse con viveza, y paseándose por el salón como agitado dolorosamente, exclamó:

—Lydia, se lo suplico á usted; no represente usted conmigo una comedia.

La joven se puso de pronto roja como una amapola, y mirando al conde con una altanería que Armando no había visto nunca en ella, contestó con amargura:

—¡Yo representar comedias! Extraño lenguaje por cierto. ¿Por qué se permite usted suponer que yo me tome ese trabajo?

—¡Ahl! Se enoja usted—dijo Armando con viveza—pues más vale así. Prefiero la cólera á ese mutismo deliberado. Está usted enojada conmigo, lo conozco, y comprendo que tiene usted razón para estarlo. Pero, al menos, explíquemos: deme usted medios para defender mi causa, para justificarme si puedo y para volver á merecer la amistad de usted. Creo haberla mostrado bastante cariño para que mereciese ser tratado con más indulgencia...

Lydia le interrumpió vivamente:

—Permitame usted que le diga que no le comprendo. ¿Porque no he dirigido á usted cargo alguno se enoja? ¿Se pone usted furioso porque no estoy incomodada con usted? Pero eso es una locura. ¿Quiere usted absolutamente ser criminal y pasar por tal á mis ojos? ¿Por qué? ¿Con qué pretexto? ¿Porque está usted casado y hasta ahora no me ha hablado de su mujer? Pero cuando entró usted en mi casa ¿le preguntó nadie si era casado ó soltero? ¿Ha quebrantado usted alguna regla? ¿Ha violado usted alguna ley? ¿Qué importaba que fuese usted libre ó no lo fuese? Para lo que yo esperaba y solicité de usted, esa circunstancia era indiferente y continua siéndolo. ¿No tenía usted mujer? Bueno. ¿La tiene usted? Mejor. ¿Había

usted creído que pensaba casarme con usted? No, seguramente. Y tenía usted razón en no creerlo. Por mi parte no infero á usted la ofensa de suponer que tuviese con respecto á mí propósitos deshonestos... entonces... ¿de qué procede esa excitación, y qué significan esas alarmas? Nada se ha perdido, créalo usted, ni para usted ni para mí; no hay sino un matrimonio más... que no es mucho.

Armando, que había escuchado atentamente á Lydia y mientras la escuchaba había reflexionado mucho, contestó, aparentando una alegría que estaba muy lejos de su ánimo:

—Perdóneme usted haberme creído á mí mismo más culpable que lo que realmente soy. Es verdad que usted manifestó desde nuestra primera entrevista tal animadversión contra su familia, que no me había yo atrevido á volver á hablar á usted de las personas que la componen. Pero acaso debiera haber hecho una excepción en favor de mi mujer... Si hubiera yo suplicado á usted que la visitase, ¿habría usted accedido?

Lydia se echó á reir.

—No es seguro... Ahora que ya la conozco, me parece encantadora; pero, para estar en disposición de juzgarla, era menester conocerla.

—Ya lo ve usted.

—Verdad es que he procurado recobrar el tiempo perdido... Y debo confesarlo, ella me gusta infinitamente más que usted.

—Vea usted que vuelve á maltratarme.

—Sí; estoy enojada con usted. Ha tomado usted hace poco un aspecto que me ha desagradado bastante y me ha hecho salirme de mis casillas.

—Confiese usted que no soy afortunado; maltratado aquí, maltratado en mi casa.

—¿En su casa de usted? Pues bien empleado le está; es preciso ser justos. Figúrese que de repente la señora de Fontenay descubre que usted tiene relaciones con una extranjera, joven, no del todo fea, y que vive discretamente en una casita fuera de la población. ¿Quién no se hubiera alarmado en su lugar? Ella creyó inmediatamente que usted la engañaba. Habría debido usted ver el aire que la buena señora traía cuando entró aquí... Pero dígame usted, ya que está ganoso de dar explicaciones y de emprender defensas ¿por qué ha ocultado usted á la condesa que yo vivía en el mundo? Que á mí no me hablase usted de ella, pase; pero que á ella no le hablase de mí ¿cómo se explica?

—Es, sin embargo, muy sencillo; mi conducta en una parte era la consecuencia indeclinable de mi conducta en la otra; era necesario decirselo todo á ambas ú ocultárselo á las dos igualmente.

—¿Usted lo cree así?

—¡Digo! La primera palabra de mi mujer cuando hemos hablado de usted, ha sido: «¿Por

qué no me la has traído inmediatamente?» No habría cesado de repetírmelo hasta que se hubiese puesto en relación con usted. Y cuanto más me hubiese yo resistido, tanto más habría crecido su deseo. Todas las mujeres, en lugar suyo, harto lo sabe usted, hubieran hecho lo mismo. De aquí tirantezas continuas y dificultades numerosas. Era preciso, por consiguiente, callar, aun arriesgándose á lo que ha sucedido.

—Que, en realidad, no es muy grave.

—Más grave de lo que usted piensa. Usted misma dice que la condesa llegó aquí muy turbada. De aquí salió tranquilizada en apariencia; pero en el fondo no juraría yo que estuviese tan tranquila como usted cree. No se pasa fácilmente de la desconfianza más aguda á la más completa seguridad.

—¿Quiere usted insinuar que la señora de Fontenay continúa sospechando de mí?—preguntó la señorita de Audrimont, echando llamas por los ojos.

—No; no, señora; no piensa mal de usted, sino de mí...

—¡Ah!, querido conde, en esto nada puedo yo hacer, es cosa de usted. Arréglese usted como pueda, porque culpa de usted ha sido.

—No, si la culpa es de ella. Esto es precisamente lo que me affige... Por eso apelo ahora á la amistad de usted para que me ayude á desvanecer enteramente un error por el cual sufre un

corazón inocente. Los celos no razonan... solamente se rinden á pruebas materiales... De estas pruebas son las que ruego á usted que contribuya á dar. Mi mujer, al separarse de usted, le ha suplicado que haga extensivas á ella las simpatías que hacia mí ha manifestado...

—Y yo he respondido que soy algo salvaje y que no quiero salir de mi soledad.

—Pues bien, ese salvajismo, causa verdadera de todo el mal, es lo que yo ruego á usted que modere un poco. No rechace las insinuaciones de mi esposa. Ha ofrecido á usted su amistad muy sinceramente, puede usted estar segura de esto; pruébela usted, aceptándola, que no debe conservar ningún recelo.

La señorita Audrimont movió melancólicamente la cabeza.

—Bien dulce sería para mí hacer lo que usted me aconseja, pues en la soledad en que me hallo la amistad de una mujer como Mina me serviría de un gran socorro moral; pero quisiera estar segura de que mi concesión se limita únicamente á ella.

—Si así lo quiere usted...

—¡No! Si cedo en este primer punto, no dependerá de mi voluntad detenerme en ese camino que me asusta, y me verá lanzada en una existencia para la que no estoy dispuesta. Me doy perfecta cuenta de las consecuencias que tendrán para mí esos proyectos, trastornando el

plan que me he trazado al instalarme en París. No es posible que me decida así, de pronto, sin tiempo para reflexionar, pues aunque mi deseo de complacer á la condesa es grande, me violenta abandonar todas mis ideas, cambiar todas mis costumbres.

—Nada más justo; y desde luego agradezco á usted que no me haya respondido con una terminante negativa. Reflexione usted y decida. ¿Quiere usted que mi mujer vuelva á verla para vencer esos escrúpulos?

—No. Dentro de algunos días iré á visitarla. Hasta entonces déjeme usted entregada á mis reflexiones.

—Está bien. Obedeceré y doy á usted mil gracias.

Dicho lo cual, se levantó, estrechó su mano sin pronunciar una sola palabra, y salió.

Después de la marcha del conde, Lydia permaneció inmóvil y sumergida en una profunda meditación. Comprendía que había llegado el instante preciso en que tenía que decidirse su porvenir. ¿Podía, á los veintitrés años, sola en el mundo, vivir con la seguridad necesaria cuando su belleza y su fortuna eran un cebo para los galanes ambiciosos? Nada puede una mujer entregada á sí misma, y temía ser fatalmente víctima de su debilidad é inexperiencia, tanto más cuanto que el ocio á que su gran fortuna la condenaba podría engendrar un incu-